

y lo otro? Esto queda ya declarado en el postrer capítulo del segundo tratado.

Añado mas: que si el mismo Señor quisiera hacer una obra con la cual encendiera y abrasara nuestros corazones en su amor; ¿qué otra pudiera hacer que con mayor eficacia á esto nos moviera? Porque con los otros beneficios nos obligó á que le amásemos, pero con este casi nos necesitó. Por lo cual dijo él que habia venido á poner fuego en la tierra (c). Esto tambien queda declarado en el capítulo vii de la caridad.

Así podemos discurrir por la virtud de la humildad, y de la mansedumbre, y de la paciencia, y de la obediencia, y de la esperanza, y de la aspereza de la vida y pobreza evangélica, y hacer las mismas preguntas; y concluir que no era posible á la divina Majestad hacer alguna obra mas poderosa para incitarnos al amor destas virtudes, que esta.

Asímismo si quisiera hacer alguna obra cuya consideracion despertara mas nuestros afectos y deseos á las cosas del cielo, ¿qué otra pudiera ser mas conveniente para eso, que la historia y misterio desta misma Pasion? En cuya meditacion hallan las ánimas devotas materia de compasion, y de compuncion, y de imitacion, y de admiracion, y de agradescimiento deste summo beneficio, y de amor y temor de Dios. Porque este es el libro que vió en espíritu el profeta Ezequiel, escrito dentro y fuera, lo uno para los simples, y lo otro para los sabios (d), en el cual dice que estaban escritas lamentaciones, y cantares, y amenazas; para las cuales cosas se hallan grandes motivos en la sagrada Pasion.

Pues para consuelo de tristes y afligidos, y remedio de tentados, ¿dónde se hallará medicina mas eficaz, que en las llagas del Crucificado (e)?

Pero lo que aquí nos pone mayor admiracion es que para todas estas cosas susodichas, y para otras semejantes, y para cada una dellas en particular, de tal manera sirve este misterio, como si para ella sola se ordenara, y no para las otras; como arriba se declaró, y como lo verá quien quisiere discurrir por cada una dellas. La razon desto parece ser, que como esta sagrada Pasion sea obra del mismo Hijo de Dios, así como Dios, siendo simplicísimo y uno, es todas las cosas, así su sagrada Pasion sirve para todas ellas. Otra razon hay para esto; y esta es, que asentado por la lumbre de la fe que el Hijo de Dios encarnó y padesció por hacer á los hombres amadores de las virtudes y enemigos de los vicios, como escribe el Apóstol (f), ¿qué vicio hay que por aquí no sea summamente aborrecido, y qué virtud para la cual no hallemos aquí grandes motivos y espuelas; pues la causa de su Pasion fué hacernos virtuosos y sanctos?

Queda pues concluido por lo dicho lo que al principio propusimos: que es haber sido este el mas excelente de todos los medios que Dios pudiera escoger para nuestra sanctificacion y salvacion. Porque si (como ya dijimos) aquella es mas propia obra de Dios, que mas redunde en gloria suya y provecho del hombre, en esta obra resplandescen mas esta gloria que en todas cuantas hasta hoy ha hecho y puede hacer, como ya está dicho. Y cuanto toca al provecho del hombre, por aquí se le da una tan grande luz para el conocimiento de las perfecciones divinas, y de todo lo que pertenece á su salvacion y sanctificacion, y tan grandes estímulos para el amor y temor

(c) Luc. 12. (d) Ezech. 2. (e) August. in Man. cap. 21. 22. tom. 9. (f) Tit. 2.

de Dios, y para todas las otras virtudes, que todos cuantos libros están escritos, y se pueden escribir, no nos darán tan grandes motivos para amar las virtudes, y aborrecer los vicios, como nos da este misterio; segun que lo tenemos ya probado.

Por lo dicho se entenderá bien cuán eficaz haya sido la medicina deste misterio para la cura de todas las dolencias de nuestras ánimas. Mas porque la excelencia de la medicina se conoce por los efectos que obra, veamos agora el fructo que della se siguió en el mundo; porque esta es la mayor prueba y abono della. Algunas medicinas hay muy bien compuestas, y ordenadas por grandes médicos; y con todo eso acaesce que aplicándolas á la enfermedad, ó por la destemplanza del doliente, ó por la rebeldía del humor indigesto, ningun efecto hacen. Mas no se puede decir esto en ningun caso desta medicina; porque por rebelde y repugnante que estaba el mundo á toda virtud y sanctidad, fué curado y reformado por ella. Lo cual señaladamente se verá por lo dicho en el capítulo xiii del tratado segundo, que trata de la reformacion que se siguió en el mundo por la predicacion del Evangelio. Pero mas á la clara se entenderá esto por lo que está escrito en el mismo tratado en el capítulo xxv, donde se cuenta la infinitad de sanctos y sanctas que ha habido en la religion cristiana. Y aunque lo contenido en estos capítulos declara lo susodicho; pero lo que mas brevemente nos lo enseña, son los martirologios, donde están resumidas las vidas y martirios de los sanctos; y quien por ellos leyere, no acabará de maravillarse viendo tanta infinitad de sanctos como allí se cuentan en todas las partes del mundo.

Vése tambien la eficacia desta medicina por la mudanza susodicha que el mundo hizo despues della; pues el conocimiento de Dios, que estaba arrinconado en la provincia de Judea, se extendió por todas las provincias de lo que estaba descubierto del mundo; pues (como se ve en los martirologios susodichos), apénas hubo tierra que no fuese sanctificada y regada con sangre de mártires. Pues ¿qué cosa mas propia ni mas digna de aquel Señor (cuya sanctidad alaban aquellos espíritus soberanos diciendo: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de los ejércitos), que haber trazado y ordenado una cosa de que tanta sanctidad se siguió en el mundo? Pues considerando esto, con mucha razon exclama Sant Buena-ventura con aquellas palabras del Apóstol, que dice (g): Léjos sea de mí gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo; pues en ella y por ella tantos bienes se me conceden. Porque ¿en qué me tengo yo de gloriarme, sino en la gloria de Dios, y en la salud del hombre? Pues ¿dónde se halla lo uno y lo otro perfectamente, sino en la Cruz? Allí fué Dios honrado como él merecia, con tan grande sacrificio y obediencia; y allí fué el hombre amado mas de lo que merecia, con tan grande beneficio y redempcion.

Este capítulo querria yo que el siervo de Dios leyese muchas veces, despues de muy bien ponderado lo contenido en él; porque no faltando la luz divina (sin la cual todos quedamos á oscuras), no ménos se confirmará con él en la fe del misterio de nuestra redempcion, que si viesse hacer ante sí muchos milagros. Mas no es sola esta la confirmacion de nuestra fe, porque muchas otras están dichas, y otras aun nos quedan por decir.

(g) Gal. 6.

CAPITULO XVIII.

De algunas preguntas y objeciones que se pueden proponer acerca del misterio de la Encarnacion, vida y muerte de nuestro Salvador.

Entre las cerimonias con que mandaba Dios en la ley comer el cordero pascual (que era figura del verdadero Cordero, Cristo nuestro Salvador), una dellas era, que no se comiese crudo, sino asado (a). Alguno habrá que se maravilla desta prohibicion, y que le parezca cosa excusada prohibir lo que nadie habia de hacer, que es comer carne cruda. Mas por este mandamiento que parece excusado, dice Sant Gregorio (b) que quiso nuestro Señor levantarnos de la letra al espíritu, dándonos á entender que algunos habian de comer este cordero crudo, contra este mandamiento; y estos fuéron los herejes y los infieles; los cuales considerando por una parte la majestad y alteza de la naturaleza divina, y por otra la bajeza de la humana, no mirando mas que lo que de fuera en ella parecia, sin considerar la alteza del consejo divino que en esta obra resplandescen, juzgan atrevidamente ser esta obra indigna de la majestad de Dios; porque no miran mas que la sobrehoz y corteza della. Estos pues son los que comen este cordero crudo; los que friamente y sin algun calor de devocion lo contemplan. Mas asado lo comen los que con devoto y herviente corazon ponen los ojos en el inmenso fuego de amor con que el Salvador se ofreció en sacrificio por remedio de nuestros males, y merecemos la vida eterna. Y la diferencia que hay entre los unos y los otros, declaró el Apóstol cuando dijo (c): Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles; mas los que Dios llamó de los unos y de los otros, hallan que en este misterio está encerrado el summo poder y sabiduría de Dios. Estos pues son los que comen el cordero asado; mas aquellos lo comen crudo, y por eso condenan lo que no alcanzan. Pues contra estos pretendo declarar con el favor de nuestro Señor, en lo que se sigue deste tercer tratado, cómo ninguna destas cosas es indigna de aquella infinita y soberana bondad, aunque á los ojos carnales (que no miran mas de lo que por de fuera se ve), parezca indigna de la gloria de la Majestad. Pues á cada una destas objeciones ó preguntas responderemos aquí por su órden.

§. I.

Primera pregunta, acerca de la humanidad de Cristo nuestro Salvador.

La primera objecion ó pregunta es acerca de la bajeza de la naturaleza humana: pareciendo al juicio de la prudencia del mundo cosa indigna de la grandeza de Dios juntar consigo naturaleza tan baja en unidad de persona. Tendria lugar esta objecion considerando la naturaleza humana como ellos la consideran en sí mismos. Mas no es así; porque por el mismo caso que el Hijo de Dios la quiso misericordiosamente juntar consigo para obrar en ella el negocio de nuestra salud, él la enriqueció, y engrandesció, y sublimó con tan grandes riquezas y gracias, cuanto para tan grande dignidad se requeria; con las cuales quedó tan rica, tan perfecta, tan hermosea y tan resplandeciente, que comparada con ella toda la hermosura de los ángeles, y de todos

(a) Exod. 12. (b) Lib. 20. Mor. cap. 9. tom. 1. et in Evangel. Hom. 22. in med. tom. 2. (c) 1. Cor. 1.

los querubines, y serafines, y de todo lo criado, no resplandescen mas que las estrellas del cielo ante el sol de mediodia. Porque ya que este Señor se quiso vestir desta ropa, él la supo hermosear con tantas labores de gracias, que no fuese cosa indigna de su majestad tener unida consigo tal naturaleza. Lo cual nos representa aquel velo del templo (d), hecho de hermosísimos colores; que es la sanctísima humanidad (que era el velo con que estaba cubierta la gloria de la divinidad) el cual era labrado de aguja, que es por artificio subtilísimo del Espíritu Sancto, cuya singular y admirable obra fué esta.

Mas la causa de ofenderse deste misterio los infieles, procede de considerar al hombre con las manqueras y pasiones con que nasce. Mas Cristo, aunque es verdadero y perfecto hombre, es nuevo hombre, de nueva manera concebido por el Espíritu Sancto, y nacido de madre virgen, y sin mácula de pecado, y sin las pasiones desordenadas que tienen los otros hombres concebidos en él. Desta manera lo que era tan bajo por naturaleza, fué levantado con los privilegios de todas las gracias que aquí se juntaron. Y aun en esto se ve la grandeza de la sabiduría y omnipotencia de Dios, el cual puede sublimar tanto por gracia lo que es tan bajo por naturaleza. No era ménos alabado aquel famoso estatuario, por nombre Fidias, cuando hacia una imágen de barro muy perfecta, que cuando la hacia de marfil ó de oro. Porque mucho mas se muestra la suficiencia del arte, cuando la materia no ayuda al artífice. Pues así decimos que no fuera tan grande maravilla hermosear Dios la naturaleza angélica, si se juntara con ella, cuanto fué obrar esto en la naturaleza humana, por ser ella de condicion mas baja. Y esta es una cosa en que Dios comunmente muestra su grandeza, levantando de la tierra al pobre, y del estiércol al necesitado (e). Y así él es el que hace de los pecadores justos, y de las piedras hijos de Abraham (f), y de los pastores reyes (g), y de los rústicos profetas (h), y de los pescadores apóstoles y príncipes de su Iglesia (i); mas la summa de todas sus grandezas y riquezas en esta sagrada humanidad se mostró.

Mas para que la rudeza de nuestra razon entienda mejor lo dicho, pondré un ejemplo, por el cual subiendo de las cosas menores á las mayores, conozcamos la dignidad y gloria desta sagrada humanidad. Dice Sant Buena-ventura que el padre Sant Francisco habia llegado á tan gran pureza, que su carne parecia de un niño recién nacido, y muy semejante á la que tuviera en el estado de la inocencia. Pues imaginemos agora una carne mil veces mas pura que esta; y añadamos que esta fuese concebida por sola virtud del Espíritu Sancto en las entrañas de una virgen mas pura que las estrellas del cielo, y pongamos en esta carne una ánima con todas las grandezas, y excelencias, y gracias, y riquezas que arriba dijimos; y todo esto sin alguna centella, ni sombra de pecado, ni otra imperfeccion. Pregunto pues agora: ¿qué indignidad era del Hijo de Dios ayuntar consigo tal humanidad como esta en su persona? Pues tal es la que la religion cristiana confiesa haber sido ayuntada al Verbo divino para obrar en ella el negocio de nuestra salud. Cuya pureza declaró el Profeta cuando dijo (k) que el Señor habia reinado, y vestidose de her-

(d) Exod. 26. (e) Psalm. 112. (f) Luc. 3. (g) 1. Reg. 16. (h) Amós 1. (i) Matth. 4. (k) Psal. 92.

mosura, y ceñídose de fortaleza y de virtud. Donde llama á la sagrada humanidad ropa de hermosura, para significar la grandeza de su perfeccion y pureza. Pero mas perfectamente se representó la hermosura y gloria desta sancta humanidad en el misterio de la gloriosa transfiguracion del Salvador, donde su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras parecieron blancas como la nieve.

Siendo pues esta la perfeccion y hermosura de aquella sagrada humanidad (la cual por estas vestiduras se entiende), ¿qué indignidad es vestirse el Hijo de Dios de tan rica vestidura cual esta es? Está tan léjos esto de ser cosa indigna desta Majestad, que muchos graves doctores confiesan que aunque no hubiera pecado, no dejara este Señor de vestirse desta ropa tan hermosa, para gloria y muestra de la grandeza de su bondad y caridad (l). Mas porque de la riqueza y hermosura desta sacra humanidad tratamos mas á la larga en nuestra Introduccion del Símbolo de la Fe, á este lugar remitimos al prudente lector. Esto baste para respuesta de la primera pregunta.

§. II.

Cómo todo el proceso de la vida de nuestro Salvador corresponde, así á la dignidad de su persona, como al oficio á que venia.

Mas para cumplimiento desta materia será bien que veamos cómo todo el proceso de la vida y Pasion del Salvador corresponde á la dignidad y gloria desta sancta humanidad. Para lo cual es de saber que dos cosas señaladamente habemos de considerar en la vida deste Señor: que son, quién él era, y á lo que venia. Si miramos quien él era, á él convenia toda gloria y honra; porque era Hijo de Dios; mas si miramos á lo que venia, á él convenia toda humildad y pobreza; porque venia á curar nuestra soberbia. Por lo primero dijo Sant Juan (m): Vimos la gloria deste Señor, la cual era conforme á quien él era; que era Hijo del Padre, lleno de gracia y de verdad. Mas por lo segundo dijo Esaías (n): Vimosle y estaba desfigurado; y deseamos verle despreciado y el mas abatido de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos.

Y esta es la causa por que en el proceso de la vida deste Señor unas veces hallaremos cosas de grande gloria, conformes á la dignidad de su persona, y otras de grande humildad y pobreza, proporcionadas al oficio á que venia. Esto vemos luego en su sancto nascimiento, en el cual tiene por madre una mujer; mas esta madre es virgen (o); es concebido en sus entrañas virginales, mas esto es por sola virtud del Espíritu Sancto; nasce en un establo, mas resplandee con una nueva estrella en el cielo. Por lo cual con mucha razon exclama Sant Augustin, diciendo (p): ¿Qué Niño es este que buscan los extranjeros, al cual conocen en el cielo, y búscanlo en la tierra; resplandee en lo alto, y está escondido en lo bajo; venlo en Oriente, y búscanlo en Judea? ¿Qué Rey es este tan pequeño, y tan grande, que ántes que hable en la tierra, ya pone sus edictos en el cielo? Por donde si te escandalizan, hombre, los pañales, escucha el cantar de los ángeles; si te parece vil el establo, levanta los ojos á la estrella que resplandee en el cielo. Si crees las cosas bajas, cree tambien las altas.

(l) Scotus. cum discip. in 5. sentent. dist. 7. q. 3. (m) Joan. 1. (n) Esai. 53. (o) Bernard. de Circuncis. Dom. serm. 1. (p) In Pest. Epiphani. serm. 6. de Temp. ver. 54. cap. 1. tom. 10.

Estos son, dice Sant Augustin (q), Señor Jesus, los testimonios de tu grandeza en esa tierna edad, ántes que las ondas de la mar obediesen á tu imperio, ántes que los vientos por tu mandamiento cesasen, ántes que los muertos por tu llamamiento resuscitasen, ántes que el sol cuando tú morias se escuresciese, y la tierra cuando tú resuscitabas temblase, y el cielo cuando tú á él subias se abriese. De manera que siendo traído en los brazos de la madre, ya eras conocido por Señor del mundo.

Pues esta diversidad de cosas altas y bajas que vemos en el nascimiento deste Señor, vemos tambien en todo el discurso de su vida sanctísima. Porque en ella veremos una tan grande humildad y pobreza, que llegó el Señor de la Majestad y abismo de todas las riquezas á sustentarse con las limosnas que unas piadosas mujeres le daban (r). Pues ¿qué mayor humildad que esta? Mas ¿cuáles eran las riquezas y la gloria deste pobre? Andaba por la tierra lanzando los demonios, curando los paralíticos, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, resuscitando los muertos, sosegando los mares, y andando sobre ellos (s). A su imperio servian los ángeles (t); de su poder temblaban los demonios, á su voz respondian los muertos, á su mandamiento obedescian los elementos, con su palabra perdonaba los pecados, con su virtud sanctificaba los corazones, y con solo el tocamiento de su vestidura sanaba los enfermos, y con el de sus manos multiplicaba los panes, y daba de comer á los hambrientos.

Mas dejemos agora los milagros, y tratemos de las virtudes deste Señor, y de la manera de su vida sanctísima; en la cual veremos cuánto conuerda con la sanctidad de su persona y del oficio á que venia. Venia pues (entre otras cosas) á desaficionar los hombres del amor de las cosas de la tierra, y aficionarlos á su Criador, como él declaró cuando dijo (v): Fuego vine á poner en la tierra: ¿qué tengo de querer sino que arda? Pues ¿qué otra cosa hizo en todos los pasos y obras de su vida, sino echar brasas de carbones sobre nuestros corazones para encenderlos en su amor? Y por eso entre todas las virtudes que en él resplandescian, señaladamente se esmeró en aquellas que lo hacian mas amable á los hombres; cual es la humildad, la caridad, la misericordia y la mansedumbre, que aun en los animales es amable. Estas son aquellas cuerdas con las cuales promete el Señor por su Profeta (x) que habia de atraer á los hombres; que es, con lazos y prisiones de amor. Pues comenzando por la humildad, ¿qué humildad fué nascer en un establo, y ser circuncidado al octavo dia como pecador, y huir á Egipto como flaco, y ser baptizado entre publicanos y pecadores como uno dellos, y tratar con sus discípulos, segun él dice, no como Señor que está asentado á la mesa, sino como ministro que sirve (y)? Cuál fué aquella mansedumbre que guardó en toda la vida, de la cual dijo el mismo Señor por Esaías (z): Veis aquí mi siervo, el escogido que yo escogí, en quien puse mi espíritu. No clamará, no contendrá con nadie, ni se oirá su voz en las plazas; la caña que estuviere cascada, no la quebrará, y la torcida que estuviere humeando, no la apagará. Lo cual mostró él muy á la clara con la mujer

(q) De Nativ. Dom. serm. 9. de Temp. ver. 15. cap. 5. tom. 10. (r) Luc. 8. (s) Matth. 9. Luc. 5. Matth. 9. 11. Marc. 4. (t) Matth. 4. Marc. 1. Luc. 7. Marc. 4. Luc. 7. Matth. 9. Joan. 6. (v) Luc. 12. (x) Osee. 11. (y) Luc. 22. (z) Esai. 42.

adúltera (a); pues no quiso condenar á la que todos condenaban. Ni fué menor, sino mayor la mansedumbre que mostró en todos los pasos de su sacratísima Pasion; la cual vió en espíritu el mismo Profeta, cuando dijo (b): Como oveja que llevan al matadero, así será llevado; y como el cordero delante del que le tresquila, así enmudescerá, y no abrirá su boca. Y con esta mansedumbre respondió al que le dió la bofetada en casa de Annas, diciéndole (c): Si mal hablé, muéstrame en qué; y si no, ¿por qué me hieres?

Pues ¿qué diré de su misericordia, y del celo de la salvacion de las ánimas, pues dende que comenzó el oficio de la predicacion del Evangelio, toda la vida gastó en andar por villas y castillos curando los cuerpos, y doctrinando las ánimas (d)? ¿Con qué entrañas de caridad convidaba á todos los pecadores que viniesen á él, diciendo (e): Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os daré refrigerio? Cuán amigos quiso que fuésemos de misericordia, pues quiso que el proceso del día del juicio (por el cual se han de sentenciar buenos y malos) fuesen las obras de misericordia, diciéndole á los buenos (f): Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesion del reino que os está aparejado; porque tuve hambre, y distesme de comer, etc. Añadiendo al cabo: Porque lo que á uno destes pequeniéu los hecistes, á mí lo hecistes, y lo que no hecistes con ellos, á mí lo negastes. ¿Qué humano se mostró con el Centurion (g) cuando le pidió salud para un su criado, respondiendo que él iria á su casa y lo curaria, pudiendo con sola una palabra darle salud, como se la dió? ¿Cuán agradecido á Zaqueo, publicano, por el amor y devocion que en él conoció (h); pues se le convidó á comer con él en su casa? ¿Cuán agradecido á aquellas sanctas Marías que iban al sepulcro á ungrir su sacratísimo cuerpo (i); pues se les ofresció en el camino vivo, quien ellas buscaban muerto; y consintió abrazar y besar sus sagrados piés, y adorar aquellas preciosas señales de las llagas que en ellos habia recibido? Y no ménos mostró este amor y agradecimiento á los dos discípulos que iban á Emaús (k) platicando con mucho dolor y sentimiento de sus corazones lo que el Señor habia padescido, pues les acompañó todo el camino, declarándoles las sanctas Escrituras, y confirmándolos en la fe.

Y demas desto, ¿cuán benigno se mostraba con los pecadores, y cuán deseoso de su salvacion; pues comia con ellos para atraerlos á sí con su ejemplo y doctrina (l)? ¿Cuán grande fué la misericordia de que usó con la Magdalena (m), pues infundió en aquella ánima pecadora un tan grande amor de Dios, y un tan profundo dolor de sus pecados, los cuales tan fácilmente le perdonó? ¿Cuán benigno fué con la Samaritana, pues de mujer pecadora súbitamente la hizo Evangelista (n)? ¿Cómo se enterneció su corazon, cuando vió ir la madre viuda á enterrar un solo hijo que tenia? Porque segun dice el Evangelista (o), movidas sus entrañas á compasion (como verdadero hombre que era) se llegó á ella sin ser llamado ni rogado, y le dijo: Mujer, no llores. Y acercándose á las andas en que iba el muerto, lo resucitó y lo entregó á su madre.

Mas veamos de la manera que el Señor de lá Majestad trataba con aquellos pobres pescadores sus discípulos.

(a) Joann. 8. (b) Esai. 53. (c) Joan. 18. (d) Luc. 8. (e) Matth. 11. (f) Matth. 25. (g) Matth. 8. (h) Luc. 19. (i) Matth. 28. (k) Luc. 24. (l) Matth. 9. (m) Luc. 7. (n) Joann. 4. (o) Luc. 7.

¿Con cuánta mansedumbre sufría su rudeza y simplicidad, y cuán familiar y benignamente conversaba con ellos? Y habiéndole ellos desamparado al tiempo de su Pasion, y dejándolo solo en poder de sus adversarios, como olvidado desta cobardía y deslealtad, luego ese dia que resucitó, les envió una amorosísima embajada con la sancta pecadora, diciendo (p): Ve á mis hermanos, y díles que subo á mi Padre y á vuestro Padre; á mi Dios y á vuestro Dios. ¿Cuán amigo se les mostró cuando les dijo (q): Como el Padre me ama, así os amo yo? La grandeza deste amor (demas de otras muestras) declaró él en aquel glorioso sermón de la cena (r); en el cual por la mayor parte trata de la consolacion de sus discípulos que estaban tristes por la partida de su Maestro. Donde es cosa dignísima de considerar que estando el Salvador para padecer los mayores dolores que jamas en esta vida se padescieron, y siendo mas justo tratar de su propia consolacion que de la dellos, tanta fuerza tuvo su amor, que como olvidado de sí, trata de la consolacion dellos; como si fuera mayor la pena de su ausencia que el dolor de su Pasion. Pues ¿quién aquí no reconoce las entrañas de caridad y la benignidad deste clementísimo Señor?

Sobre todo esto, ¿cuán misericordioso se mostró con Sant Pedro cuando le negó (s), pues volvió su rostro hácia él, y le infundió aquel gran dolor y arrepentimiento de su pecado? Y, lo que es mas (t), á él solo apareció despues de resuscitado ántes que á los otros discípulos, para enjugar las lágrimas de sus ojos, y esforzar y consolar al que tan confuso y desconsolado estaba por su culpa. Cuán benignamente reprehendió á sus discípulos porque querian pedir fuego del cielo contra los samaritanos, porque no le habian querido recibir, diciéndoles (v): No sabeis cuál es el espíritu que en vosotros mora. El Hijo de la Virgen no vino á matar los hombres, sino á salvarlos. Allende desto, ¿qué humildad? ¿qué caridad? ¿qué regalo? ¿qué benignidad fué que aquel soberano Señor á quien adoran todos los poderes del cielo, y ante cuyo acatamiento está postrada toda la naturaleza criada, se postrase ante los piés lodosos de sus discípulos (x), y se los lavase y alimpiase con aquellas manos, en las cuales el Padre eterno habia puesto todas las cosas?

Mas sobre todo esto, ¿qué entrañas de compasion mostró cuando viendo la ciudad de Hierusalem (y), y representándole el castigo que segun las leyes de la divina justicia le estaba aparejado, derramó muchas lágrimas de aquellos purísimos y clementísimos ojos por el grande azote que le estaba guardado? Y esta misma compasion lo enterneció tanto estando en la Cruz, que la primera palabra que allí habló fué rogar por ellos (z).

Y estando él padesciendo tan grandes dolores, que bastaban para quebrar corazones de piedras, ellos no solo no se compadescian dél, mas ántes le acrescentaban los dolores con sus lenguas (a); que era como echar sal en las llagas frescas y recientes. Mas el innocentísimo Cordero, compadesciéndose mas de su perdicion, que indignándose por sus injurias, al tiempo que ellos meneando las cabezas le escarnecian, él hacia oracion por ellos, diciendo (b): Padre, perdona á estos, porque no saben lo que hacen; porque verdaderamente le dolia

(p) Joann. 20. (q) Joann. 15. (r) Joann. 15. etc. (s) Luc. 22. (t) Luc. 24. (v) Luc. 9. (x) Joann. 15. (y) Luc. 19. (z) Luc. 25. (a) Matth. 27. (b) Luc. 25.

mas su ceguedad que la misma Cruz. Y teniendo ante sí á su desconsoladísima Madre, primero que tratase de la consolacion della, trató del perdon y remedio dellos. Pues ¿quién no ve cuán grande benignidad y nobleza de corazón sea esta?

Estas son aquellas virtudes, y aquella espiritual y divina hermosura que debajo del humilde y pobre hábito de Cristo resplandescia; la cual en espíritu habia visto el Profeta Real (como quien tenia ojos para conocer este nuevo linaje de hermosura) cuando dijo (c) que este Señor era el mas hermoso de los hijos de los hombres, y que con esta su hermosura habia de reinar prósperamente, no solo sobre los cuerpos de los hombres, sino mucho mas sobre sus corazones, atrayéndolos y aficionándolos á sí con la hermosura y gracia destas virtudes, tirando saetas agudas de amor á los corazones de sus enemigos, para hacerles amigos. Porque los que nunca pudieron ser vencidos con azotes, lo fueron con los regalos y beneficios que en esta venida les descubrió. Por donde con mucha razon dijo el Apóstol (d) que se habia descubierto en esta venida la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador; la cual ántes nos estaba encubierta. Concluyo pues tambien agora que si Dios habia de conversar con los hombres, no habia otra mas conveniente manera de conversacion que esta que él escogió.

CAPITULO XIX.

Segunda pregunta de la humildad, pobreza y aspereza de la vida de nuestro Salvador.

Declarado en comun el proceso de la vida de nuestro Salvador, descenderemos á tratar en particular de la humildad, y pobreza, y aspereza della; por parescer estas cosas á la prudencia humana bajas y indignas de tan grande Majestad. Esta pregunta nasce de no conocer los hombres la dignidad y grandeza de los verdaderos bienes. Porque el mundo tiene por grandes bienes estos que son temporales, y se ven con los ojos corporales; y así llama grandes á los ricos dellos, como son los reyes y príncipes del mundo. Mas el juicio y estima de la palabra de Dios es tan diferente desto, que dice por Sant Lucas el mismo Señor (a): Lo que es alto á juicio de los hombres, á veces es abominable delante de Dios. Pues si estos no son grandes, ¿á quién llama la palabra de Dios grande? Llama por boca del ángel Sant Gabriel á Sant Juan Bautista, diciendo dél que sería grande delante de Dios (b). Y este á juicio de Dios grande, andaba descalzo, vestido de un cilicio hecho de pelos de camellos, sin casa, sin cama, sin criados, manteniéndose de lo que hallaba por esos campos, como se mantienen los animales ó las aves. Este pues tan pobre, y tan mal vestido, dice el ángel que será grande delante de Dios; que es la verdadera y summa grandeza, donde queda la del mundo por muy baja y casi contrahecha.

Y que esto sea así, dícelo claro la razon. Porque como nuestra ánima sea sin comparacion mas excelente que el cuerpo, síguese que tanto serán mas excelentes los bienes della, que los dél; que son los bienes espirituales. Pues por esto dijimos al principio que el que quisiere entrar en este santuario, ha de descalzar los zapatos (c): que es despedir de su ánima las opiniones y pareceres que se le hubieren pegado del juicio del mundo.

Mas quion quisiere saber la respuesta desta pregunta,

(c) Psal. 44. (d) Tit. 3. (e) Luc. 16. (f) Luc. 1. (g) Exod. 3.

ponga los ojos en los fines á que el Salvador vino á este mundo. Porque quien esto considerare, verá claro que por ninguna via convenia que viniese de otra manera de la que vino. Vino pues primeramente para desterrar los pecados del mundo, como dice Sant Juan (d). Para esto apareció el Hijo de Dios en el mundo, para destruir las obras del diablo, que son los pecados. Lo segundo vino á plantar en la tierra una manera de vida celestial; que es la perfeccion de la vida evangélica. Lo tercero vino para desengañar los hombres, enseñándoles otra manera de felicidad de la que ellos andan buscando por las criaturas. Pues estas tres cosas nos vino á enseñar el Hijo de Dios. Y para todas ellas sirven maravillosamente estas tres virtudes susodichas que él en su vida sanctísima nos representó.

Pues quanto á lo primero, conviene saber que la causa de cuantos pecados se han hecho y hacen en el mundo, son aquellos tres malos amores que cuenta Sant Juan en su Canónica (e): que son, amor desordenado de la hacienda perecedera, y de la honra vana, y de los sensuales deleites. Que esto sea verdad, cada uno lo puede fácilmente conocer; porque luego verá que ningun pecado se hace que no proceda de alguna destas tres pestilenciales raices, que con nada se hartan ni contentan, por mucho que sea. Fingen los poetas que á la puerta del infierno está una terrible guarda que llaman el Cancervero; el cual dicen que tiene tres cabezas, y que padesce perpetua hambre. Con lo cual por ventura quisieron los poetas significar estos tres insaciabiles amores que todos tenemos. A lo ménos el siervo de Dios que anda velando sobre la guarda de sí mismo, debe imaginar que tiene dentro de su corazón (por pequeño que le parezca) otro Cancervero; que es un apetito sensual del cual nascen estos tres insaciabiles amores, causadores (como digo) de cuantos males se hacen.

Pues siendo esto así, ¿qué habia de hacer el que venia á desterrar los pecados del mundo, sino poner el cuchillo á estas tres malas raices con estas tres virtudes que él abrazó en todo el discurso de su vida sanctísima, y enseñarnos con su ejemplo á hacer lo mismo? Porque con la pobreza voluntaria se corta la raiz de la cobdicia, y con la virtud de la humildad la del amor desordenado de la honra, y con la aspereza y trabajos de la vida el deseo desordenado de los deleites. De modo que con estas tres virtudes se cortan estas tres pestilenciales raices que son causa de todos los males. Pues si este Señor venia á enseñarnos por su ejemplo esta celestial filosofia, ¿de qué manera habia de venir, sino armado con estas tres virtudes que cortan las raices de todos los vicios; pues él vino á ser nuestra luz y nuestra guía, para que por donde él caminó, caminásemos todos?

§. I.

De la segunda causa de la venida del Salvador al mundo.

Pasemos adelante. Vino tambien lo segundo á plantar en la tierra una vida celestial, que es la perfeccion de la vida evangélica; que no es para todos, sino para aquellos que anhelan á la perfeccion; los cuales no contentos con la guarda de los mandamientos, se esfuerzan á la de los consejos. Pues quien á la perfeccion desta vida quiere caminar, sepa cierto que las tres columnas sobre que ella se funda, son estas tres virtudes susodichas, contrarias á aquellos tres malos amores que dijimos;

(d) 1. Joann. 3. (e) 1. Joann. 2.

porque estos son los mayores impedimentos que tenemos para llegar á esta perfeccion. Para lo cual conviene advertir que como nuestro espíritu sea substancia espiritual (como son los ángeles), quanto es desta parte no tiene por que apetecer cosas de carne (que son extrañas y peregrinas á su naturaleza), sino cosas espirituales, que son conformes á ella. Y si esto no hace, es por estar casado, ó (por mejor decir) amancebado con su propia carne; la cual tira por él con la fuerza destes tres amores susodichos, que son como tres cadenas que lo abaten de lo alto (donde es su naturaleza), y lo inclinan á las cosas de la tierra, que le son ajenas y peregrinas. Por donde así como una piedra que contra su naturaleza está en lo alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego ella por sí correria á lo bajo, que es á su lugar natural; así quitando á nuestro espíritu estas prisiones susodichas, luego él (cuanto es de parte de su naturaleza) se levantará á lo alto, que es al amor de las cosas espirituales y divinas; aunque para lo uno y para lo otro se requiere gracia, para que esta subida sea meritoria. Por donde se ve cuán necesarias sean estas tres virtudes susodichas para la perfeccion desta vida; pues por ellas se cortan estas tres prisiones que nos impiden la subida para ella.

Añadiré para lo mismo otra razon. Para cuya inteligencia es de saber que la perfeccion desta espiritual vida de que tratamos, consiste en vivir el hombre conforme á la mas noble parte que tiene dentro de sí. Porque como él sea compuesto de carne y de espíritu, tiene en sí disposicion para vivir dos maneras de vidas: una conforme á los apetitos de su carne (que es vida de bestias), y otra conforme á la dignidad y condicion de su espíritu, que es vida de ángeles. Pues los que despreciada esta vida carnal respiran por la espiritual, sepan cierto que han de mortificar su carne, porque vida carnal y espiritual no caben en un sujeto; pues la una es contraria á la otra. Y acabar esto es la mayor empresa, y la cosa mas ardua de cuantas hay en esta vida. Porque por la dolencia comun del pecado original nuestro espíritu quedó muy flaco y debilitado, y la carne por el contrario con todos sus apetitos é inclinaciones muy furiosa y rebelde. Porque perdida la gracia de la justicia original con que fuimos criados (que era como un freno que tenia la carne perfectamente subjecta al espíritu), quitado este freno, luego la carne quedó suelta, y desenfrenada, y rebelde como un caballo furioso, y por domar, y sin freno; que es la mayor calamidad de cuantas el mundo padesce. Mas por el contrario, el espíritu quedó tan debilitado y tan flaco, que no puede por sí ni aun tener un pensamiento que sea agradable á Dios, sin su favor y gracia.

Pues volver agora este negocio al revés; conviene saber, que la carne que está tan señora y tan poderosa, quedé mortificada y debilitada; y el espíritu que está tan debilitado y como sepultado, de tal manera resucite y se esfuerce, que sojuzgue la carne y la haga sierva de señora, es un linaje de mudanza, y (si decir se puede) una manera de alquimia, que solo el Espíritu Sancto puede hacer; donde no se hace de cobre oro, ni de plomo plata; sino de la carne espíritu, y de la tierra cielo, y del hombre ángel. Y para salir con esto, ¿oh cuánta diligencia, cuánta vigilancia, cuánta fortaleza, cuánta solicitud y cuidado, cuántas oraciones y vigiliasson menester! ¿Cuántas batallas se han de vencer hasta llegar á tener esta carne subjecta al espíritu para que no

nos lleve tras sí! Porque quien á fuerza de remos navega contra la corriente de un rio arrebatado, en descuidándose del remo, luego vuelve hácia atrás. En lo cual paresce que la vida de los que desean llegar á la perfeccion, es una continua batalla, una perpetua lucha entre la carne, que está en su propia tierra y naturaleza, y entre el ánima, que es extranjera y peregrina; y finalmente es una perpetua cruz en que habemos de crucificar todos nuestros sentidos y apetitos, que son cuasi infinitos. Aunque tambien confieso que no faltan grandes esfuerzos y consolaciones del Espíritu Sancto para los que esto emprenden.

Mas volviendo al propósito, siendo esto así, y habiendo venido el Hijo de Dios á ser el maestro, el predicador, el capitán y guía desta vida espiritual, y el espejo y dechado della, y el que mucho mas con obras que con palabras nos las habia de enseñar, ¿cuál habia de ser su vida, sino pobre, áspera y llena de trabajos? Porque con esta manera de vida es refrenada, sopeada y sojuzgada la carne; la cual nos inclina á todo lo que es contrario al espíritu; y sabemos que un contrario no puede ser vencido sino con otro mas poderoso. Vemos pues por lo dicho cuán conveniente cosa era que así viniese quien para esto venia.

§. II.

Causa tercera, y tercera empresa de la vida del Salvador.

Lo tercero venia, como verdadera luz y guía del mundo, á desengañar los hombres, y mostrarles otra manera de felicidad de la que ellos andan buscando. Porque ellos la tienen puesta en la posesion de las riquezas y deleites corporales; lo cual está tan lejos de ser así, que apenas hay cosa mas contraria á ella; como lo entendieron aun muchos de los filósofos gentiles. Y porque esta materia es muy larga, declararé en summa lo que á este artículo toca. Es pues de saber que la felicidad del hombre en esta vida consiste en emplear su entendimiento en la mas excelente obra de cuantas él puede hacer; que es, en la contemplacion de Dios, y de sus grandezas y maravillas. En la cual se halla tan grande suavidad, y tan grande paz y contentamiento, quanto es Dios mas suave, mas rico y mas amable que todas las criaturas. Pero esta suavidad no gustan todos, sino solo aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima. Porque así como el doliente que tiene estragado el gusto, no juzga bien de los sabores (y así á veces juzga lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce), así el que tiene inficionado el gusto de su ánima con los malos humores de los pecados y aficiones sensuales, no puede sentir la suavidad de las cosas espirituales. Porque es Dios, como dice Sant Augustin (f), sabiduría ó saber del ánima purgada; y por eso no lo gusta sino quien así la tiene. Mas habia probado este sabor quien despues que halló esta sabiduria dijo que la preciaaba mas que reinos y sillallas (g); y que las riquezas de oro y plata y piedras preciosas eran nada en comparacion della. Porque esta es aquel tesoro y aquella perla preciosa por la cual el sabio mercader del Evangelio vendió todo quanto tenia (h): como lo hicieron todos los sanctos, y especialmente aquellos monjes solitarios; los cuales como tenían purgado el gusto de sus ánimas, hallaban tanto gusto en esta celestial sabiduria, que sufrían alegremente todos

(f) De Doct. Chr. lib. 1. c. 10. t. 3. et de Verb. Dom. sec. Joann. ser. 28. c. 2. t. 10. (g) Sap. 7. (h) Matth. 13.